

PAZ: UNA UTOPIA QUE EXIGE JUVENTUD

Andrés OLLERO TASSARA

(Catedrático de Filosofía del Derecho. Universidad de Granada)

Soy consciente de que el título de mi intervención puede resultar adulator. Creo que no lo es en la medida de que lo que voy a hacer, más que nada, es invitar a tareas arduas y recordar pesadas responsabilidades, lo cual no tiene mucho que ver con la adulación. ¿Por qué me voy a ocupar de la paz? Reconozco que no se me hubiera ocurrido hablar de este tema si no es por una razón simplemente estructuralista, pues, como llegó a mis manos un papel de las Naciones Unidas hablando del «Año Internacional de la Juventud», comprobé que el término que más aparecía era el de «paz». Entonces decidí preguntarme en qué consiste este ansia de paz que parecen sentir las Naciones Unidas, por qué los hombres la buscan continuamente, por qué esa rara habilidad para no encontrarla. Creo que se debe, entre otras cosas, a la falta de un fundamento adecuado para llegar con ciertos visos de eficacia a conseguirla. Su busca se asienta fundamentalmente en dos corrientes de pensamiento. Una de ellas, de la que me voy a ocupar en primer lugar, está notablemente envejecida. De ahí la necesidad de juventud para sustituirla. Es una tradición de pensamiento heredera de la Ilustración, en la que pienso que había una serie de rasgos positivos, pero en la que se

llegó, más que a una confianza, a una excesiva fe en la suficiencia del simple uso de la razón para acabar con los problemas humanos. De algún modo se pensaba que todos los males eran fruto de la ignorancia y que, por tanto, bastaría un puro esfuerzo racional, tarea de ilustración, de expansión de las luces, para que los males se disiparan como se disipan las tinieblas. Ese planteamiento, sobre todo en la medida en que se le saca de su contexto original que tenía una gran carga ética, puede llevar a la idea de que nuestros problemas se solucionan sólo con esfuerzos intelectuales, sin necesidad del apoyo, a su vez, de un esfuerzo ético. Esa herencia de la Ilustración a la que me estoy refiriendo se encuentra ya un tanto agotada. Esa razón no acompañada debidamente de un esfuerzo ético, de una voluntad recta, me parece es un mal fundamento, un fundamento envejecido, y que todo intento de paz sobre el mismo resulta precario y más que con planteamientos realistas que puedan llevar a esa paz, nos encontramos con caricaturas. Me voy a referir a tres de ellas.

En primer lugar, la idea de la paz como irenismo lleva a entenderla como pasividad, con una visión tremendamente conservadora de que la paz consiste en no crear problemas, de lo cual se podría deducir que no existen tales, de que se trata de seguir como estamos y así nos evitamos complicaciones. Esa visión es bastante ciega ante la realidad de que existen problemas y problemas graves. Se trata de una visión propia de épocas autosatisfechas, incluso, de su alta capacidad intelectual y racional, y por eso ciegas para darse cuenta de cuestiones que, a lo mejor, sólo afectan a ciertos sectores marginados. Ese tipo de sociedad suele instalarse en la posición que está viviendo y entiende la paz como que todo siga igual, como no agresión, y nos empujan a una especie de placentera pasividad. Pienso que a la paz no se llega por el irenismo, sino, en todo caso, a facilitar la victoria a posturas distintas y contrarias.

En cuanto al relativismo, segunda raíz de la paz que tiene esa misma raíz histórica a la que antes me refería, se parte de la idea de que no existe nada verdadero, nada objetivo. No sólo parte de ahí sino que, además,

considera que esa situación es situación indispensable para que pueda existir la paz. Son determinados planteamientos en torno a la tolerancia, extendidos en muchos ambientes, aunque sean imposibles de refrendar con una práctica coherente. En el fondo, los mismos que difunden esa idea de la tolerancia se comportan de modo que, conforme a sus categorías, habría que considerarles realmente intolerantes en otras cuestiones. Creo que esa idea juega muchas veces como una coartada que aparta del que pienso es el camino real y efectivo para conseguir la paz, que es la solución de los problemas humanos. Si entendemos por paz esa armonía, ese ajustamiento y como consecuencia también la situación satisfactoria y placentera que se produce cuando los problemas han sido resueltos —indudablemente no se conseguirá nunca—, ahí nos llevará su misma búsqueda. Considero que esa tolerancia entendida como una negación de la verdad, de la mentira, como un intento de situación en un mundo verdaderamente etéreo, donde todos los gatos son pardos, es una verdadera coartada que lo que hace es alejarnos de la necesidad de luchar una pelea generalmente incómoda e ingrata por solucionar problemas concretos que ahí están y que tienen soluciones: unas son más verdaderas que otras, unas son más humanas que otras, aunque esa «tolerancia» llevaría a considerarlas a todas intercambiables. Por ese camino llegamos a lo que podríamos calificar como «tiranía del vacío» que hoy caracteriza mundos culturales bastante amplios. Esa especie de imposición tiránica del vacío sin contenido, del formalismo absolutamente hueco, nos aparta de una manera clara del logro efectivo de la paz.

Y, por último, está el progresismo, que sí es una actitud claramente de adulación, que nos convence de que la situación en la que estamos es buena, y mejor que la anterior por el solo hecho de ser posterior a ella. Es un planteamiento no sólo adulador, sino también falaz porque lleva consigo una trivialización injusta con el pasado y con el presente, pues si nos dice que *hoy* tenemos razón por el simple hecho que no estamos en el *ayer*, lo que ocurre es que *mañana* lo que decimos *hoy*

sí estará en el *ayer*, por lo que estamos afirmando, en el fondo, que lo que decimos *hoy* es una tontería, o por lo menos *mañana* será considerado como tal. En ese sentido, me parece que no se le hace ningún favor al presente. Por lo tanto, a grandes rasgos he señalado unas faltas de fundamento que nos llevarían a esa caricatura de la paz.

¿Cuál es la alternativa? La encontramos en otra tradición de pensamiento, fundamentalmente revolucionaria, que hoy día se encuentra bastante adormecida, bastante asimilada por el sistema y que conoce una degeneración aburguesada. El revolucionario de verdad, ¿dónde está? No sé si queda, pero la verdad es que en el ámbito cultural donde nos movemos nosotros, por suerte o por desgracia, no es fácil encontrarlo. Lo que sí se da es un cierto infantilismo militante que a veces intenta erigirse en camino hacia la paz sin conseguirlo. En esa vía a lo que se llega con frecuencia es a un aplazamiento de la paz. Los planteamientos revolucionarios nos vienen a decir —repitiendo sin saberlo el viejo adagio de que si quieres la paz, haz la guerra— que la paz sólo puede ser la consecuencia de una revolución: sólo realizando un cambio en profundidad, estructural, radical, se produciría como resultado inevitable esa armonía más posterior, con lo cual se está justificando paradójicamente la violencia. Esa revolución es un tanto aburguesada, un tanto ritualizada, incluso comercializada, y tiene bastante poco mordiente, y su función práctica —insisto en que me refiero a nuestro ámbito cultural sobre todo— es más que nada una invitación, con coartada, al aplazamiento.

Por otra parte, y dentro de esta mentalidad, se da algo que con aires de titular periodístico se podría denominar el uso alternativo de la fe del carbonero. Personas que han vivido desde la infancia una fe como la pudiera vivir un modesto carbonero, sin preocuparse demasiado de su fundamento o de sus implicaciones, por pura adhesión tradicional o ambiental, que en un momento dado de su vida, convencidos que realizan una revolución copernicana, lo único que hacen es sustituirla de una manera no menos acomodaticia y

pasiva por otra nueva fe del carbonero en la que tampoco van a profundizar demasiado ni van a darse cuenta de su auténtico alcance, sino simplemente van a adherirse a ella ayudados por un ambiente más o menos propicio. Creo que por eso detrás de presuntos giros que se dan en la biografía, sobre todo de gente joven, no hay tal giro, sino simplemente se está donde se estaba antes.

Por último, en esta vía alternativa para buscar la paz, con frecuencia se acaba produciendo un fenómeno superficial y más o menos folklórico que sería la adhesión ritual practicada como anestésico. Personas que tienen realmente, y eso es propio de la gente joven, una lógica comezón ante la existencia de injusticias, de actitudes hipócritas, etc., y que esa comezón, que sienten, no son capaces de transformarla en un esfuerzo duro, ingrato y cotidiano de ir solucionando problemas. Entonces se produce una especie de consuelo o de sublimación a base de la adhesión ritual a unos símbolos, a unas modas, a unas rebeldías puramente ornamentales y coreográficas que no tienen el acompañamiento obligado de una actitud práctica.

Después de la crítica a estos dos elementos que nos privan de un verdadero fundamento para la utopía —tanto la línea ilustrada como la revolucionaria parece que en una sociedad como la nuestra no llegan a disfrutar de esa savia juvenil que tuvieron en un momento y que les dio un lógico protagonismo histórico—, creo que sería cuestión de plantearse cuáles podrían ser las condiciones efectivas para una opción por la paz, y aquí es donde esta utopía —utopía en el sentido más noble de la palabra, entendida como algo que no sólo está por hacer, sino que debe hacerse, que es éticamente exigible que se haga— exige una actitud realmente juvenil en la línea de elementos que ya se han expuesto con antelación. Yo señalaría fundamentalmente tres condiciones para que realmente se lleve a cabo una opción práctica y efectiva por la paz. En primer lugar, acompañar el sentido crítico teórico con la exigencia práctica. Sin duda, aquél es necesario. Es la herencia más valiosa de la Ilustración, ese «atreverse a saber». Para solucio-

nar cualquier problema humano hay que atreverse a saber, hay que huir de fórmulas hechas, hay que procurar muchas veces abrir caminos nuevos, aunque sea de un modo costoso. Ese esfuerzo crítico puede convertirse en un deseo de autojustificarse y puede quedarse en algo puramente narcisista sin ningún tipo de mordiente real si no se halla acompañado de una exigencia práctica. Por tanto, pienso que la misma capacidad de crítica que hay que tener respecto a posturas ajenas, hay que convertirla luego en una autocrítica en el terreno práctico y en un esfuerzo de ser coherentes con lo que decimos que pensamos. Es una de las condiciones indispensables, si queremos de verdad solucionar problemas concretos, y, en ese sentido, conseguir una existencia, no sólo personal, sino también colectiva, más pacífica y más humana.

En segundo lugar, opino también que habría que combinar otros dos elementos, que serían la democracia formal y la ética material. A mí una cosa que me preocupa, de mis colegas los jóvenes de hoy, es que los veo a veces divididos de una manera viciosa en una especie de alternativa entre estos dos elementos. Entonces me encuentro con gente joven que está por la democracia de un modo visceral y rotundo, pero que entiende como consecuencia de esa idea de tolerancia que ya he criticado, que la misma exige que nada sea verdad o mentira. Esto es algo bastante extendido, como está bastante extendido el miedo a aquel que pretende que hay soluciones verdaderas o más verdaderas, miedo, en general, a todo aquel que se esfuerza en ofrecer respuestas. Creo que esto es algo que hoy produce cierta alergia, lo cual está muy lejos de ser positivo, especialmente porque una sociedad sin respuestas —aunque sea jugar con las palabras, juego con algo más que con ellas—, porque está educada en el recelo ante ellas, es inevitablemente una sociedad irresponsable, incapaz de responder. Pienso que la democracia no consiste en eso ni muchísimo menos. Es más, personalmente, si no dudo en adherirme a la democracia, es precisamente porque pienso que responde a la verdad del hombre, que es una exigencia de la dignidad humana. De ahí que esa demo-

cracia formal debe ir acompañada, ya va acompañada desde su origen mismo, de una ética material, de unas realidades objetivas. En este sentido me preocupa también la existencia de algunos jóvenes que están por la ética material y por la defensa de algunos valores humanos y no se sabe por qué extraña deformación piensan que eso no es compatible con la democracia. Eso sólo se explica con el mal tino con que se está utilizando, lo que no es culpa de la democracia misma. Creo que esta síntesis, sin duda costosa, es necesaria y que exige todo un esfuerzo para luchar contra un ambiente que lleva a contraponer desde un punto o desde otro estos elementos que pienso deben llegar a unirse de un modo estrecho.

Y, por último, como tercer elemento para llegar a una efectiva opción por la paz, creo que hay que esforzarse por desactivar la «ideología del vacío». Subrayo lo de ideología porque, con frecuencia, se presenta como la negación de las mismas, bajo capa de neutralidad científica, de asepsia, de análisis privado de toda valoración. Sin embargo, ésa es una ideología en el peor sentido del término, un planteamiento aparentemente teórico pero que, además de su falsedad en el plano de la teoría, encubre un interés práctico ilegítimo. Ésa es la mejor definición de esa «ideología del vacío».

Precisamente por esto, y cumpliendo este triple condicionante, creo que la paz se puede convertir en una utopía capaz de dar sentido a tantos esfuerzos de la gente joven. Y de ahí vendrían consecuencias prácticas. Incompatible con este esfuerzo, en primer lugar, está la huida insolidaria, la de que —precisamente a veces llevado de ese cierto escepticismo— nada hay verdad o mentira, adoptar la huida a nuestros propios asuntos y un cierre egoísta a los demás. Otra exigencia sería excluir la violencia como solución para estos problemas humanos y, por lo tanto, como vía efectiva para la paz. Hay dos argumentos para excluirla que a la gente joven nos impresiona. Primero, la violencia suele ser un síntoma de impaciencia. El violento es el que quiere ganar por «K.O.» y, a ser posible, en el primer asalto. Es un síntoma de inmadurez. La solución de los problemas no suele ser fulminante. Lo más que se puede conseguir

de ese modo es destruir, pero el problema seguirá ahí, por debajo. Por tanto, creo que son síntomas de impaciencia los que suelen llevar a veces a marginar los caminos más humanos del esfuerzo por dialogar, por comprenderse y por acercarse unidos a una realidad que no es ni de unos ni de otros, sino que está ahí. Segundo, la violencia me parece que hay que excluirla porque es también un síntoma de desconfianza. En el fondo, el violento, aunque no se lo confiese a sí mismo, está convencido de que no puede solucionar las cuestiones de otro modo. Quien utiliza los puños es porque no tiene confianza en su cabeza. Por tanto, creo que debajo de actitudes que optan por la violencia con cualquier tipo de justificación, lo que hay es una notable pereza mental o una emocionante sinceridad a la hora de reconocer tácitamente que la cabeza no da para más. Entonces, en ese sentido, cualquier actitud violenta debe ser excluida radicalmente por cualquier joven que merezca tal nombre.

En consecuencia, y resumiendo, el futuro de la paz pasa fundamentalmente por un esfuerzo que es tarea nuestra, y ese esfuerzo es por devolver el juicio a una sociedad enajenada. Una sociedad que ha perdido el juicio, porque no se atreve a juzgar, que exige partir de la idea de que hay algo verdadero y algo falso. Entonces, en la medida en que nos dejamos llevar de la «ideología del vacío» o de la invitación a la violencia, estamos actuando enloquecidamente, sin juicio alguno.

Para terminar, citaré a un poeta, paisano mío, que además tenía algo de pensador, hasta el punto que definía a sus colegas como «metafísicos frustrados» y a los metafísicos como «poetas que creen en la verdad de sus poesías». Tenía una fórmula que yo ofrecería como lema para la lucha por la paz, y es la que decía: «Quiero estar en paz con el mundo y en guerra con mis entrañas».

Joaquín Fernández-Crehuet Navajas
Alfredo Aguirre Sádaba
Julio Montero Díaz
Miguel Ángel Martínez González
Manuel J. Peláez Albendea

(e d i t o r e s)

Juventud actual y Sociedad del Futuro.

Algunas bases históricas, jurídicas, antropológicas y sociosanitarias para la comprensión de la juventud europea.

(Marbella, 25 al 27 de Enero de 1985)

Separata / Estratto / Tiratge à part

Fundación Aliatar (Baeza)

Departamento Historia del Derecho. Universidad de Málaga

Cátedra de Medicina Preventiva y Social. Universidad de Málaga

Fundación Hanns Seidel (München-Marbella)

Istituto per la Cooperazione Universitaria (Roma)

Distribuye: P P U

Promociones Publicaciones Universitarias

Calle Nicaragua, 100

08029 Barcelona. Tfno. 250 17 27